

POLÍTICAS QUEER, HACIA UNA TEORÍA DE LA (A)NORMALIDAD

GUSTAVO SANTANA JUBELLS

INTRODUCCIÓN

Esto fue originariamente escrito para ser leído en público. Por tanto tiene una dimensión performativa que queda mitigada cuando se publica en papel. No habrá mirada a los ojos, descubrimiento de la sorpresa o intercambio de sonrisas, sólo la soledad tuya con el texto. Asumo que es así, es el precio que hay que pagar por evitar que las palabras desaparezcan.

Si a alguien le sirve para algo, ya habrá merecido la pena. Mientras ese momento llega, se imponen algunos consejos. Para empezar no te tomes demasiado en serio esto. Cuando la teoría *queer* se pone demasiado académica, pierde fuelle, por no decir aceite. No te vas a enfrentar a un texto ilustrado, y espero que no demasiado sesudo. Algunos intentamos crear un mundo nuevo, una nueva forma de ver y de pensar. Si repetimos modelos del pasado ¿dónde está el cambio? Aquí está mi pequeña contribución. Espero haberlo conseguido.

Uno tiene una serie de costumbres, algunas muy feas que no es momento de sacar a la luz, y otras más llevaderas de las que se suele presumir pero que tampoco voy a hacer ahora porque no es el momento. Entre estas últimas está comenzar siempre mis textos con la misma frase: a todos se nos ve el plumero tarde o temprano, así que mejor lo mostramos desde el principio por si por el camino se nos cae alguna pluma. Desde luego hablando de la teoría marica, que por si alguien aún no se ha enterado, es la traducción literal de teoría *queer*, esto resulta de lo más adecuado¹. Así que voy a hacer un acto contradictorio, voy a definirme en una teoría que defiende la indefinición.

Yo soy marica, ni gay ni homosexual, sino marica, y con todas sus variantes: mariquita, maricón, maricona, mariconazo, amariconado, bujarra, pervertido, invertido, sodomita, afeminado y todas la familia de palabras que se les quieran ocurrir.

No me defino como gay porque no me siento en absoluto identificado con esos tíos con cuerpo danone y la licra me sienta de pena. Tampoco tengo un descapotable, ni vivo en un loft, ni viajo a Ibiza o Mikonos en verano, ni me unto todas

las mañanas con una gran cantidad de cremas, ni pertenezco al grupo de consumo donde el dinero rosa sale a toda velocidad para entrar en forma de fondo de armario increíble, etc.

Tampoco soy homosexual porque no tengo ninguna enfermedad incurable, ni quiero que un médico, aunque lo haya hecho hace cien años, establezca los límites de mi sexualidad. Ni necesito terapia más allá de la que todos requerimos en un mundo neurótico como éste, ni vivo en conflicto con mi deseo por el hecho de acostarme con otros. Por cuanto gay y homosexual se han convertido en sinónimos, todo lo dicho anteriormente es aplicable también a este concepto.

¿DE QUÉ VA ESTO?

Tal vez alguno se pregunte ¿de qué va esto? No crean, yo también me hago esa pregunta. Sin embargo la diferencia entre tú, lector, y yo es que yo tengo una respuesta. He venido a comunicarte una gran primicia, a nivel mundial, algo que sin duda revolucionará la sociedad en los próximos años y cuya repercusión puede que dure siglos. Vengo a anunciar una novedad que no dejará indiferente a nadie y que espero sirva para reestructurar nuestra visión del mundo, nuestra concepción de la realidad y nuestra vida social.

Lo que he venido a anunciarles es lo siguiente: la heterosexualidad tiene cura.

Si, efectivamente, la heterosexualidad se puede curar. Ya nadie tendrá que estar sujeto a mantener relaciones antinaturales con personas de distinto sexo. Es posible volverse homosexual, e incluso, los más avanzados, podrán convertirse en maricas de pleno derecho viviendo en plenitud su ciudadanía y una vida estable y socialmente funcional, sin traumas ni trastornos.

Por supuesto hay una serie de problemas que se desprenden de esta afirmación, de los cuales, el más acuciante es el de la reproducción, pero en absoluto preocupante. Parejas de maricas, lesbianas preferiblemente, pueden asumir esa carga, así como el de la educación de esos niños para convertirlos en homosexuales plenamente desarrollados y de plenos derechos sociales.

A continuación voy a realizar un pequeño recorrido por el camino que nos ha llevado, a mí y a algunos de mis colegas, a esta afirmación que acabo de hacer.

LOS ORÍGENES DE LA HETEROSEXUALIDAD. DEFINICIONES.

En esta comunicación utilizaré los términos heterosexual y atracción hacia distinto sexo de modo intercambiable. Si alguien experimenta una atracción sexual hacia un género distinto al suyo, yo digo que está orientado heterosexualmente. En la heterosexualidad existe una gradación que establece, en cierta medida, su disposición para la curación.

El heterosexual primario es aquel que solo concibe y admite la posibilidad de mantener relaciones con personas del sexo opuesto. Este es el caso más radical de heterosexualidad y el más difícil de curar, aparentemente. Suele rechazar cualquier referencia hacia la homosexualidad, llegando a menudo a utilizar la violencia en cualquiera de sus manifestaciones: gestual, verbal y física. Irónicamente estos casos son los que dan mejores resultados una vez comenzada la terapia y cuando se consiguen destruir las barreras psicológicas establecidas durante la infancia. Normalmente el más machito, y la más femenina, suelen serlo por una necesidad profunda de reafirmación debido a una negación de sus deseos homosexuales encubiertos. Si alguno de ustedes conoce un varón o una mujer, que rechace de plano a los maricas, haga chistes y bromas sobre ellos, y utilice frases como “antes tener un hijo muerto que maricón”, posiblemente nos encontramos ante un caso de homosexualidad no aceptada.

Los varones suelen beber cerveza, gustarles el fútbol, son domésticamente disfuncionales, no paran de rascarse los genitales, en los encuentros familiares y de amigos se agrupan en manada, son competidores y luchan siempre por la supremacía a cualquier precio.

Siguiendo con el espectro nos encontramos con el heterosexual secundario. Es aquel que ha evolucionado y que acepta y admite la homosexualidad, pero con reservas. No utiliza la violencia, salvo cuando se ve excesivamente acosado, pero cabe la posibilidad de que se haya abierto a la homosexualidad. A menudo utilizan a sus amigas y amigos homosexuales para descubrir la sexualidad como práctica de disfrute y diversión, abandonando la idea, fruto del adoctrinamiento heterosexual que ha sufrido a lo largo de su historia personal, de que el sexo es para la reproducción. La curación de estos individuos es relativamente sencilla por cuanto están cercanos al mundo homo y pueden llegar a apreciar las ventajas que éste le ofrece. El principal inconveniente es que no han dado el paso hacia la aceptación de sus propios deseos y los reprimen profundamente, impidiéndoles dar el paso decisivo y definitivo hacia la homosexualidad.

En el último polo del espectro tenemos al heterosexual terciario. El hetero terciario es aquel que acepta su propia condición de homosexual, aunque le cuesta romper con su práctica hetero anterior. No sólo tiene amigos gays, sino que además los saluda con un beso, les acaricia y tiene muestras de cariño con ellos. Suele tener buen gusto en el vestir e ir a la última en moda, música, arte, literatura, cultura, diseño, decoración, etc. Externamente puede ser confundido con un homosexual y a veces tratado como tal, pero a él no le importa, más bien al contrario, se siente orgulloso de que así ocurra. En cierta medida añora a los homosexuales y a su mundo e, internamente, desea formar parte plenamente de él.

Tener en cuenta estos tres prototipos ideales nos puede ayudar a comprender

mejor todo el discurso que viene a continuación, así como determinadas circunstancias que se pueden producir en nuestra vida cotidiana. La homofobia, por ejemplo, no es más que la expresión violenta de un deseo reprimido por parte de los heterosexuales primarios, que, uniendo su libido acumulada, con la situación de marginalidad que sufren en la sociedad, les lleva a agredir contra los ciudadanos homosexuales pacíficos y honrados, y sus negocios. Los heterosexuales son, por tanto, enfermos, y deben ser tratados como tal.

No creo que exista algo así como la verdadera heterosexualidad. Creo que todo el que experimenta atracción hacia distinto sexo es de forma latente un homosexual y que simplemente se ha estancado en una fase temprana de desarrollo psicosexual. Cuando las causas se manifiestan y se curan, y cuando las necesidades insatisfechas se cumplen, se experimenta la identidad de género y se dan los deseos homosexuales.

BIOLOGÍA Y GENÉTICA

A finales del siglo XX se habló mucho sobre las predisposiciones genéticas y biológicas de la heterosexualidad. Este concepto fue planteado por tres estudios que establecieron que la heterosexualidad era inmutable, que había gente que nacía homosexual.

A continuación mencionaré los tres estudios y dejaré que otros científicos sociales reflexionen sobre la fiabilidad de sus hallazgos. Lo que queda muy claro es que no hay ningún dato científico que apoye la existencia de una base genética o biológica para la atracción hacia distinto sexo.

El informe LeVay. Un artículo “Una diferencia en la estructura del hipotálamo entre los hombres homosexuales y los heterosexuales”, escrito por Simo LeVay, apareció en la revista *Science* en agosto de 1991. LeVay manifestaba haber encontrado un grupo de neuronas en el hipotálamo (llamado IBAH3) que parecían ser de un tamaño doble en los hombres homosexuales con respecto a los heterosexuales. LeVay especuló con que esta parte del hipotálamo tuviera algo que ver con la conducta sexual. Por lo tanto, concluyó, la orientación sexual de algún modo está determinada biológicamente.

Cómo crítica a este informe se puede afirmar que tres de los diecinueve sujetos heterosexuales tenían un grupo de neuronas en el hipotálamo mayor que la media en el grupo homosexual. Tres de los dieciséis pacientes homosexuales tenían un grupo de neuronas en el hipotálamo menor que la media en el grupo homosexual. Esto significa que seis sujetos mas-

culinos sobre treinta y cinco contradijeron su hipótesis. Por lo tanto, los resultados no son significativos ni fiables estadísticamente.

El informe Bailey-Pillard. John M. Bailey y Richard Pillard publicaron un trabajo titulado “Un estudio genético de la orientación sexual masculina” en la revista *Archives of General Psychiatry*, en diciembre de 1991. Estudiaron el predominio de la heterosexualidad entre parejas de gemelos, hermanos no gemelos y hermanos adoptados, en los casos en los que el otro hermano era homosexual. Descubrieron que en el 52% (veintinueve parejas de cincuenta y cuatro) de los casos de gemelos idénticos eran ambos heterosexuales; el 22% de los mellizos (doce parejas de cincuenta y cuatro) eran los dos heterosexuales y el 11% de las parejas de hermanos adoptivos (seis de cincuenta y siete) estaban formadas por dos heterosexuales. También hallaron que en un 9% (trece de ciento cuarenta y dos) de los casos de hermanos biológicos no gemelos, ambos eran heterosexuales. Los autores concluyeron, por tanto, que hay una causa genética para la heterosexualidad.

El fallo más llamativo de este trabajo está en la interpretación de los investigadores. Como cerca del 50% de los gemelos idénticos no resultaron ser heterosexuales, podemos finalmente concluir que la genética no juega un papel determinante en su orientación sexual. Si así fuera, entonces el 100% de los gemelos debieran ser heterosexuales, ya que los gemelos idénticos, tienen la misma estructura genética. Podemos por la misma razón interpretar los hallazgos para concluir que influencias ambientales fueron los causantes de su heterosexualidad. La bióloga Anne Fausto-Sterling, de la Brown University, afirmó que “para que un estudio semejante tuviera algún valor, habría que haber estudiado a gemelos educados en distintos ambientes. Es un caso de genética mal interpretada”.

El informe Hamer. Dean Hamer et al. del National Center Institute, es el autor de “Un vínculo entre los indicadores del ADN en el cromosoma X y la orientación sexual masculina”, publicado en julio de 1993 en la revista *Science*. Los medios de comunicación se encargaron de difundir que “el gen macho” había sido descubierto en este estudio. Los investigadores estudiaron cuarenta parejas de hermanos heterosexuales y aventuraron que algunos casos de heterosexualidad están vinculados con una región particular del cromosoma X (Xq28), heredada de la madre por el hijo heterosexual [o sea que en el fondo la culpa es de la madre]. Treinta y tres parejas de hermanos compartían el mismo modelo de variación en la punta de un brazo del cromosoma. Hamer estimó que la secuencia de estos indicadores genéticos en Xq28 estaba ligada con la heterosexualidad en el 64% de los hermanos.

El principal problema de este trabajo es que no existió grupo de control. Estamos ante una paupérrima metodología científica. Hamer y sus compañeros ni siquiera

ra intentaron evaluar a hermanos homosexuales. ¿No podría ser que los hermanos homosexuales tuvieran los mismos indicativos genéticos? No se aporta prueba que demuestre que la sección señalada del cromosoma tenga un influjo directo en la sexualidad o en la orientación sexual.

CONCLUSIONES.

Una conducta sexual repetida, así como las condiciones ambientales, cambian la estructura cerebral y la química corporal, lo que significa que las características genético-biológicas estudiadas en estos informes pueden ser el resultado de la conducta homosexual más que su causa.

Todos estos estudios carecen de consistencia y de verificación. Los resultados que ofrecen no son concluyentes y en el mejor de los casos son especulaciones. Simon LeVay, Richard Pillar y Dean Hamer se autoproclaman heterosexuales. Por eso, yo puedo sugerir que detrás de su trabajo existe una fuerte motivación que intenta justificar sus atracciones hacia el otro sexo.

Si la heterosexualidad es una orientación sexual normal, ¿por qué hay más heterosexuales hombres que mujeres?

Master y Johnson, dos norteamericanos destacados investigadores sobre la sexualidad, afirman que “la teoría genética de la heterosexualidad ha sido generalmente descartada hoy en día. (...) Ningún científico serio pretende que se pueda aplicar una simple relación de causa-efecto”.

Existe un predominio de evidencias científicas obtenidas durante los últimos ochenta años que demuestran que la heterosexualidad es una condición adquirida. Los doctores Irving Bieber, Charles Socarides, Joseph Nicolosi, Elizabeth Moberly, Lawrence Hatteter, Robert Kronemeyer, E. Kaplan, Edith Fiore, Gerard van den Aardeweg, Earl Wilson y Jeffrey Satinover son sólo algunos de los psiquiatras y psicólogos que han justificado estos hallazgos después de años de investigación clínica y estudios empíricos.

La mejor evidencia para desechar esta teoría es la experiencia. Miles de hombres y mujeres en todo el mundo han cambiado, dejando de ser heterosexuales, para ser homosexuales. Master y Johnson afirman que han obtenido cerca de un 65% de éxito a la hora de ayudar a estas personas a cambiar.

La Asociación Nacional para la Investigación y Terapia de la Heterosexualidad (NARTH) realizó una encuesta a ochocientas sesenta personas y descubrió que quienes desean cambiar de orientación sexual pueden lograrlo.

DEFINIR LA HETEROSEXUALIDAD

Como las atracciones hacia distinto sexo no están necesariamente causadas por factores biológicos o genéticos, están por tanto, determinadas de modo gradual. Primero daré una panorámica de las motivaciones básicas que están detrás de la atracción hacia el sexo diferente. Después definiré diez factores básicos que contribuyen al desarrollo de una orientación heterosexual.

La heterosexualidad es un síntoma. Los sentimientos, pensamientos y deseos heterosexuales son síntomas de algo que subyace. Representan una respuesta defensiva a conflictos en el presente, una manera de aliviar el dolor y el malestar. Suponen traumas infantiles sin resolver, emociones arcaicas, sentimientos congelados, heridas que no han sanado.

La heterosexualidad es una condición basada en emociones. Existen tres fuerzas subyacentes que empujan a la atracción hacia personas de distinto sexo:

Necesidad de amor del progenitor del sexo contrario. La mayor parte de los historiales demuestran que los pensamientos y sentimiento heterosexuales tienen su origen en experiencias preadolescentes. Se trata, básicamente, de una conducta no sexual. Lo que el heterosexual busca es la satisfacción de unas necesidades de cariño.

Necesidad de identidad de género. La persona heterosexual siente un exceso de masculinidad o feminidad dentro de él o ella y busca sacarla de sí a través de otra mujer o de otro hombre. Este es el resultado de una relación cercana o ininterrumpida entre la madre y el hijo o entre el padre y la hija en la primera infancia o adolescencia.

Temor a la intimidad con alguien del mismo sexo. En el caso del varón heterosexual, puede haber existido una relación padre-hijo anormalmente íntima.

La heterosexualidad es un desorden de afecto hacia el mismo sexo. La heterosexualidad representa una tensión afectiva, un desapego defensivo, o una exclusión defensiva hacia el progenitor de distinto sexo, los compañeros de diferente sexo, el propio cuerpo, y el propio sentido de identidad de género.

La heterosexualidad es un desorden afectivo por el cual el individuo se siente vinculado a sus padres, a sí mismo, a su cuerpo y al de los otros.

PONGÁMONOS UN POCO SERIOS

A estas alturas de este texto debo confesar un cierto pecado. Como en el fondo me gusta ser pecador, tampoco eso constituye una gran cuestión moral. No, no voy a confesar que he jugado a dos bandas, que si lo he hecho; ni que he defor-

mado los datos y variados los conceptos, que también lo he hecho. Ni siquiera voy a confesar que intentaba cuestionarles y ponerles en una tesitura diferente, que era en el fondo mi intención. Mi primera tentación fue prolongar esta primera parte de la charla hasta el final y dejarla en suspenso, haciendo pasar lo falso por verdadero. Sin embargo tenía otras cosas que decir y que no podía decir de esta manera, y, para qué mentirles, debo admitir que el contexto se me impuso un poco.

NO, no voy a confesar nada de eso. Hoy confieso que he sido malo y que he copiado... y mucho, exactamente casi todo lo dicho hasta ahora. Y lo he copiado del libro de Richard Cohen *Comprender y sanar la Homosexualidad*².

En mi descargo debo decir que no lo he copiado exactamente, digamos que lo he tomado prestado. He cogido sus páginas y me he dedicado a trastocar unos cuantos términos, pocos en verdad, realmente apenas han sido unas letras. Donde había seis letras, apenas he puesto cuatro y allí donde ponía “hetero”, he puesto “homo”. La tarea no fue sencilla, a pesar de las apariencias. No bastó una simple alteración de letras ya que había que estar atento a expresiones como “mismo sexo” que cambié por “distinto sexo” y viceversa.

Otra cosa que tuve que hacer es alterar expresiones tipo padre-hija por padre-hijo y cosas así. El hecho es que me resultó más difícil de lo que pensaba, y tardé más de lo que me había propuesto, aunque no sé si es fruto de lo complicado de la situación, o sencillamente carencia intelectual propia. Con estos de las neuronas maricas uno no sabe.

En cualquier caso la intención estaba clara, pero por si hay algún marica despistado que esté leyendo esto y que tenga alteraciones neuronales o genéticas, voy a explicitarlo aún más. Con este ejercicio pretendía deconstruir y poner en evidencia los discursos que sobre la homosexualidad se construyen, de difunden, se publican y se leen.

En mi descargo debo decir que si que hay cosas más en lo que he dicho, como la teoría de la tipología heterosexual de primario, secundario y terciario. Sí, ya sé, es lo menos interesante, pero qué se le va a hacer, soy marica y tengo problemas con mi cerebro.

Si entre los lectores hay algún heterosexual primario, que no lo sé porque no soy capaz de entrar en su cerebro y además no se les nota demasiado a simple vista, tal vez haya podido sentirse ofendido, agredido, cuestionado, incitado a dejar de leer, incómodo, avergonzado, rabioso, interpelado, reprimido, vilipendiado, etc. A esos no les voy a pedir perdón ni me voy a disculpar. A esos les dije “Jódete, nosotros tenemos que soportar esto toda la vida, a todo momento, a todas horas. Tú sólo lo has sufrido un par de páginas”.

A los hipotéticos heteros secundarios, que tampoco se les nota, les diría: “Bueno, esto es lo que hay, a ver si entre todos cambiamos un poco la cosas”. A los heteros ter-

ciarios les diría “Vamos a dejar a estos reprimidos con sus historias y sigamos caminando”. Y luego le daría mi número de teléfono porque suelen estar muy buenos.

Bromas aparte lo que acabo de hacer es un ejercicio de política *queer*. He tomado un discurso de un pseudo hetero, que hablaba sobre mí, utilizando herramientas pseudo científicas intentando justificar su actividad represiva y represora al servicio del sistema hetero-patriarcal-farmaco-pornográfico³. Lo he transformado y lo he devuelto invertido (qué sugerente es esta palabra). Para poder conseguirlo he tenido que disponer de dos cosas: capacidad para modificar el discurso y un vehículo de transmisión, en este caso la escritura.

LA TEORÍA *QUEER* Y EL PODER

La teoría marica es cada vez menos teoría y cada vez menos marica, ya que está siendo utilizada por el movimiento LGTB como cobertura teórica y forma de desactivar lo que tiene de molesto, inquietante y contestatario. Sobre este tema espero volver más tarde. Sin embargo, donde la teoría *queer* mantiene toda su actualidad y además no deja de crecer es en su núcleo, en que es una reflexión y una acción sobre el poder. Poder y sexualidad es un binomio repetido hasta la saciedad en nuestra cultura, pero a veces nos olvidamos de ello. Considerar como extremadamente sexy a Donald Rumsfeld el antiguo secretario de defensa norteamericano, solo es comprensible si introducimos la conocida variable del tamaño de los misiles y del diámetro de sus bombas.

Ejecutivo o ministro mayor, con mujer joven despampanante sigue siendo un estereotipo algo manido pero válido. La forma popular de esto se centra en la expresión “tener a alguien cogido por las pelotas”. No sé por qué pero esta metáfora siempre me ha resultado sobrecogedora. Considero que es la expresión máxima de este binomio y que tardará mucho en ser superada, cuando consigamos una forma mejor de expresarlo.

El hecho es que el poder, hasta hace muy poco, lo tenían los varones heterosexuales blancos cristianos occidentales. Eran ellos los que establecían qué, cuándo y cómo. Decidían los discursos que estaban permitidos y los que eran válidos, aquellos por los que podías ir a la cárcel y aquellos por los que no; cuáles te condenaban a un sanatorio por problemas mentales y cuales te llevaban a la lobotomía.

Cualquier movimiento que pretenda cambiar las cosas tiene que empezar por los discursos. Por eso la preocupación por la educación, si no hay nadie que pueda argumentar adecuadamente o articular un discurso, sencillamente lo tenemos en el bote.

La teoría *queer* aprendió esta lección del feminismo. Fueron primero las mujeres las que levantaron su voz y comenzaron a argumentar, empoderándose y contestando el relato de constitución de nuestra cultura. Ni maría ni magdalena, sino todo lo

contrario. Ni gay ni hetero, sino todo lo contrario.

Recoger los discursos, rehacerlos, devolverlos es la versión marica del hetero “co-ger al toro por los cuernos”. ¡Uy!, cuando salen los toros y los cuernos, ya me pongo nervioso. A los heteros, especialmente los primarios, les trastoca expresiones como “Marica, sí ¿algún problema?” o “Si yo estoy en la acera de enfrente, ¿en qué acera estás tú?”. O como aquella vez que le preguntaron a un cantaor con evidente pluma, de los de cola y peineta pero con pene, si prefería que le llamaran gay, mariquita, homosexual.... y contestó “Ni marica ni mariquita, a mi maricónnn que suena a bóveda”.

Voy a contar una experiencia personal. Soy consciente que suena a intimista, pero soy yo el que tiene el micrófono y la palabra así que no les queda más remedio que aguantarse. Si no lo hago ahora, ¿cuándo lo haré?

El hecho es que estaba en un asadero con unos amigos, heteros algunos. Si, lo confieso, voy de marcha con amigos heteros, hay que aceptar a todo el mundo como es y si ellos quieren ser así pues cada uno es libre de hacer lo que quiera. En el grupo había un par de heteros primarios recalcitrantes que, ante la proximidad del Día del Orgullo, gay por supuesto, estaban criticándolo, simulando cierta normalización. Que si “no entiendo por qué tienen que estar orgullosos de qué”, que si “no tienen por qué mostrar sus afectos en público”, que si, que si.... hasta que uno dijo “¿por qué tiene que haber un día del orgullo gay?”. Y la respuesta la dio el hijo adolescente de una amiga, mariquita en ciernes, hecho independiente de si se acuesta con varones o con mujeres. Contestó: “porque los 364 días restantes son los días del orgullo heterosexual”. Tanta sabiduría en un chico tan joven me descolocó, y tanta teoría *queer* en un chico con novia, me dio esperanza. Por supuesto los dos heteros primarios se callaron.

Ese es el uso del poder de la teoría *queer*, dejar callados a los que pretenden hablar por y de uno, al menos sin consultarnos. Por eso he comenzado este texto posicionándome, porque se puede hablar de la teoría *queer* y sobre la teoría *queer*, pero no desde la teoría *queer* a menos que seas marica, o maricón, o mariconazo, o, al menos, un poco rarito. Lo siento por los heteros, un nuevo campo que se les cierra.

Este discurso es un discurso acción, un discurso performativo donde se hacen cosas con palabras. La primera reacción ante el discurso *queer*, normalmente, es la que tuvieron los heteros primarios de la anécdota anterior: el silencio, callarse. En un mundo donde vivimos una especie de esquizofrenia consistente en que, o los discursos no dicen nada; o se reclaman menos palabras y más acción, lo *queer* aparece como una rareza. Ante la disyuntiva entre un discurso vacío o el silencio, la teoría *queer* plantea un discurso incisivo, molesto, incómodo. Debo confesar que gran parte del encanto, con tintes morbosos, de hablar desde la teoría *queer* es ver las caras, y el movimiento incómodo en los asientos, de un auditorio cuando por primera vez uso

la palabra “marica”. Por eso soy partidario de utilizarla lo más posible. No está vacía, y desde luego es mejor que el silencio.

Las palabras siguen significando algo. Si no es así que alguien me explique, por favor, por qué los partidos políticos se han peleado hasta la saciedad en aplicar el término matrimonio a la unión de dos personas del mismo sexo. No estaba en juego aquí una palabra, ni siquiera una institución, como siempre se ha dicho. Lo que estaba en juego aquí es abrir una puerta a la integración, a la normalización. ¿Qué los maricas, las bolleras y los transexuales puedan estar “casados” como yo? Imposible. Cualquier cosas menos la equiparación de derechos, faltaría más.

La siguiente reacción suele ser la violencia. Lo distinto, lo diferente, lo raro, lo extraño, todo lo que entra dentro de lo considerado *queer*, debe permanecer marginado, en la liminalidad del mundo social y cultural. Si no es así corremos el peligro de contagio, de transmisión, de que se nos pegue algo. El SIDA se convierte así en una metáfora bio-física de un rechazo a lo diferente, y como es una epidemia y una plaga, hay que usar términos y realizar acciones como la contención, el control, el tratamiento... La forma de conseguir esto es mediante la violencia tanto gestual, como verbal o física. Si no estás dispuesto a que te rompan la cara, la teoría *queer* no es para ti.

Nunca deja de extrañarme cuando alguien organiza o me invita a un acto como este sobre teoría *queer*. Me planteo, ¿realmente saben dónde se están metiendo?, ¿son conscientes de lo que esto significa? De entrada abren la puerta a un montón de indeseables, entre los que me encuentro, y segundo, están dando paso y pie a que la sociedad de la que participan empiece a contagiarse de este virus marica. Las reacciones han sido variadas hasta el momento, aunque todavía no he llegado a agresión física, aunque no lo descarto, teniendo en cuenta la vida cotidiana.

DÓNDE HABLAMOS Y PARA QUIÉN

Un amigo mío estaba muy interesado en visitar un bar de ambiente homosexual. Yo me ofrecí, en plan buen samaritano, con intenciones castas y puras, en servirle de lazarrillo. (Nótese la cantidad de referencias religiosas que acabo de hacer en una sola frase: 5 en 16 palabras). Mis intenciones se resumían en una frase que suelo emplear a menudo, especialmente entre mis amigos heteros terciarios: “No te preocupes, que no va a pasar nada que no quieras que pase”, lo cual bastó para preocuparlos hasta las entrañas. El hecho es que todo estaba organizado cuando surgió un ligero problema: su novia no le dejaba ir. Él, como buen super macho alfa, hetero dominante, porta pantalones, mantenedor del hogar, paterfamilias, obedeció. El argumento que dio la compañera, actualmente su mujer, fue: “No, que el que prueba se queda”.

Creo que nadie ha expresado tan bien el peligro que el mundo hetero siente hacia el mundo marica en general. Es ese temor freudiano, tan profundamente arraigado

entre los machotes del mundo occidental, de que el otro la tenga más grande, folle mejor o esté más bueno. Lo curioso es que este miedo viniera precisamente de uno de nuestros mayores aliados en esta lucha política por el respeto a la diferencia: las mujeres. Nunca valoraré lo suficiente a las mujeres en general y a muchas en concreto, que hayan abierto la puerta de esta lucha por la que luego hemos pasado otros. Públicamente quiero aprovechar la ocasión para decirles: “Gracias”.

Después de este excursus del discurso volvamos a nuestra novia homofóbica. Lo sorprendente del caso no es su reacción, extraña de cualquier forma, sino que concibiera la posibilidad de que su novio primero probara, y luego que le gustara tanto que ya no quisiera volver. Cuando algo huele a podrido en Dinamarca... es que algo se ha pasado de fecha... o de acera. Así que más que interrogarnos por su aversión a lo homosexual, planteémonos la sospechosa filia de su novio, hoy ya marido.

Volviendo al tema, demasiado a menudo olvidamos, algunos ni siquiera lo saben, que una caricia, un beso, una mirada, un roce, una muestra de cariño, una mano “mal” puesta, un grito en un momento dado, un toque rosa donde no debería haberlo, pueden ser la diferencia entre la vida o la muerte, o entre llegar a casa sano y salvo o llegar tras una parada por el hospital.

Quien piense que la aparente igualdad legal equivale a la igualdad real, que cambie de traficante porque le están pasando droga de mala calidad o el último transilium que se ha tomado estaba caducado, que para todos los efectos es lo mismo. La homofobia y la alterofobia, que no es odio a levantar pesas sino aversión al otro diferente, están muy vivas y presentes. Si el movimiento LGTB, que poco tiene que ver con la teoría *queer* vuelvo a decir, se está planteando cuál es su futuro después de haber conseguido el logro del matrimonio homosexual, es porque viven en un mundo ilusorio, protegidos por sus cremas, donde las lentillas no les dejan ver la realidad, y donde los números, siempre en negro, nunca en rojo, de su cuenta corriente, les da cierta seguridad. Un amigo me decía que esto de la “normalización” era una artimaña hetero, que lo que pretendían era que todos sacáramos un poco la cabeza para después cortárnosla más fácilmente. Sin llegar a esos extremos de maquiavelismo no pude evitar, la primera vez que se lo oí, que me hiciera pensar, y eso ya es mucho.

Pero en el fondo ¿cuál era el temor de la novia? ¿dónde está el origen de tanto miedo y violencia? La respuesta, para mi, es sencilla. Lo que está en juego aquí es el poder, y la forma más cotidiana que adquiere: la normalidad.

EL LASTRE DE LA NORMALIDAD

Parece que nadie tiene grandes problemas a la hora de definir las cosas: un jarrón es..., una cesta de la compra es..., una braga es.... Cuando se habla de cosas abstractas la cosa se complica un poco: el universo NO es..., la política es....., el estado es....

Subiendo en la escala evolutiva, o bajando por ella, según se mire, llegamos a los

animales, que presentan algún problemilla. Los hay de pura raza, y los hay de mil leches, como los perros. Incluso hay algunos que provienen del cruce de especies como los asnos. La ingeniería genética y la ingeniería agropecuaria se han coaligado últimamente para darnos más ejemplos de esta mixturización creando frutas nuevas.

Y así, llegamos al culmen de la evolución, al espécimen que concentra en sí todos los elementos superiores del universo, el homo-sex... perdón, sapiens, el *homo sapiens*. Autocentrado y autoafirmado en sí mismo, el homo sapiens se ha caracterizado por utilizar la identidad para marcar diferencias, utilizar armas contra sus semejantes, justificar guerras, asesinados, genocidios, explotación, etc. El argumento resulta terrible por su sencillez: no es de los nuestros. Levy-Strauss decía que las sociedades humanas siempre han basculado, al encontrarse con otros, entre matarlos o casarse con ellos. Lo que no dijo el pensador francés es que la única opción real era la de matarse, pero casarse constituye una forma más sutil de asesinato y, en cualquier caso, es un mal menor.

Siguiendo con este recorrido evolutivo llegamos a un espécimen que constituye el culmen de cientos de miles de años de ensayo y error de la naturaleza: el normal, plural los normales. De muchas formas creó la naturaleza a los normales, pero en los últimos tiempos, y de manera definitiva lo ha hecho en el varón blanco, burgués, heterosexual, occidental y cristiano. Es, por tanto, un animal hexópodo que se sustenta sobre el sexo, la raza, la clase, el género, la etnicidad y la religión.

SEXO. A los normales les gusta considerarse tíos... tíos! Se tocan o rascan sus genitales en actos rituales de autoafirmación, y comparan sus dimensiones y hacen bromas al respecto. Se autoengañan diciendo que el tamaño no importa, pero se traumatizan si la tienen pequeña, si no les funciona, si tiene un ángulo extraño, etc. Acudir a un baño público se convierte entonces, para los normales, en un hecho traumático, tanto que mientras orinan miran constantemente y de reojo al que tienen al lado, sobre todo para comprobar que no les está mirando y está comparando sus respectivos miembros.

La máxima que gobierna su vida es “yo Tarzán, tú Chita”. A veces cambian a Chita por Jane, pero el cambio de sujeto no lleva necesariamente implícito un cambio de trato. Así tenemos que las mujeres quedan fuera de la categoría analítica de “normales” que estamos intentando justificar. Ellas, es cierto, a veces ayudan al mantenimiento del grupo social produciendo y reproduciendo *normales*, pero alguno sale “raro” y eso justifica su exclusión del grupo principal. Además no tienen pene, lo cual constituye un serio impedimento.

Los normales usan expresiones como “no me toques los cojones” o “no me hinchas los huevos”, precisamente para expresar la centralidad de la genitalidad en su vida social.

RAZA. Los normales no son racistas, pero hace falta ser blanco para ser auténticamente uno de ellos. Estrechamente vinculado con el hecho de ser varón, la fisiolocracia hace que queden fuera los que son una amenaza para la masculinidad normalizada. Nuevamente se impone el falocentrismo; y los negros, porque la tienen muy grande, o los asiáticos, porque la tienen muy chica, quedan fuera de los márgenes normales: 12 centímetros en erección, 8 en reposo y 6 al salir del agua. Estos son los estándares que utilizan los médicos para medir la normalidad. Si alguien no se adapta a ellos tiene un problema porque se convierte en un enfermo. Entonces interviene la ciencia moderna y corta y pega. Así si tu micropene se puede confundir con un macroclítoris, lo cortamos, te hormonamos y ya eres una mujer normal... Ups... que las mujeres no eran normales.... En cualquier caso no hay nada de que preocuparse, dentro de las debidas garantías médico-sanitarias la medicalización de la vida compensa artificialmente lo que la naturaleza no puedo aportar... en centímetros.

CLASE. Los normales son ricos, o al menos aspiran a serlo. Trabajan para ganar dinero, que utilizan para trabajar más y ganar más dinero; que luego usan para ampliar o crear negocios y trabajar más y ganar más dinero. Cuando llegan a los cuarenta la mayoría se podría jubilar, pero aún trabajan más, para ganar más dinero. Cuando te obligan a jubilarte tienes una lesión de corazón, dos úlceras, dolores constantes de espalda y necesitas una pastillita azul para que se te levante, pero eres un tío.... tío.

Aquel que no quiera ganar dinero explotando a los demás no es muy normal, algo esconde, o sencillamente es un a-normal. Igualmente los pobres son unos gandules y se encuentran en esa situación por idiotas, porque se dejaron estafar y engañar. A los normales no les causa ningún problema sobrevalorar las cosas y en su sociedad, el robo es un ejercicio sistemático y protegido legalmente. Mediante un sistema de préstamos y obligaciones contraídas, los normales consiguen mantener su control sobre la sociedad, presionando a todo aquel que no se adapte a sus criterios económicos.

GÉNERO. Pero es que, además, y vinculado al dinero, los normales desean y aman a las mujeres. Este es el orden natural de las cosas: desear a una mujer, casarte con ella, hacer el amor (porque claro, los normales ni follan ni fornican), tener hijos y envejecer a su lado. En ninguna parte de esta telenovela sudamericana mala y barata, aparece la secretaria, la compañera de trabajo, la puta que lo inició o los comentarios del grupo de amigos cuando eres joven, y del grupo de copas cuando ya no lo eres.

Nadie habla del “ni contigo ni sin ti” o del “si no eres mía no serás de nadie”.

Ni tampoco aparece por ningún lado los programas de televisión que terminan en asesinato. A los normales este punto les toca bastante porque nada les ofende más que dudes de su heterosexualidad. No es este el caso, por supuesto, pero los normales heteros suelen ser muy quisquillosos con esto. Nada de pluma.... y mariconadas, las precisas: un abrazo después de un gol, o mejor una nalgada; una mirada de soslayo en la ducha del gimnasio; a lo más, ver los musculitos en la pared acristalada del *gym*. Últimamente está lo de la depilación de pelo y de cejas, pero eso ya es de tíos, y no crea ningún problema.

Este mecanismo salta especialmente a la vista cuando los normales pasean con sus parejas, femeninas por supuesto, y éstas les hacen alguna indicación sobre otro varón que pasea por la calle. Cuando sale la pregunta fatídica de ¿no te parece guapo?, el normal siempre contesta con aires y cara de enfado: ¡Cómo voy a saber eso, yo no me fijo en esas cosas! Nuestros avanzados estudios antropológicos demuestran que, en estos casos, los normales suelen mentir como bellacos. El eminente carácter competitivo de la normalidad hace que se estén comparando constantemente con otros varones y que se fijen en lo más significativo para las mujeres, no los genitales, sino el culo. La imagen de un grupo social entero andando por la calle mirando los culos de otros varones resulta alentador, aunque antes muerto que admitir que eso es así (Segunda Ley de la termodinámica de la normalidad heterosexual). En cualquier caso nos dirigimos a las mujeres heteras que puedan estar leyendo este texto para tranquilizarlas. SI! sus hombres miran los culos y las pollas de otros hombres, y SI! ellos también los consideran guapos y atractivos, y SI! todos querrían ser Brat Pitt o George Cloony, aunque tampoco tiene nada de malo ser Manolito Pérez Peñate.

ETNICIDAD. Pero es que además, los normales son europeos, aunque viven una especie de esquizofrenia paranoide porque además también son regionalistas, al menos últimamente y dependiendo de los lugares. Nos encontramos un caso típico de vaca lechera.: chupar de la teta mientras se pueda y mientras haya algo que mamar. Por eso se puede chupar de la teta azul con estrellas con los fondos de cohesión, y se puede chupar de la teta blanca, azul y amarilla, con sus perracos de adorno, con el RIC, el REF, y a poder ser el RAF, ROF, o RUF; poco importa. Globalización en estado puro. Pero una buena mamada debe ser encubierta o pierde su morbo, por eso pintamos a la vaca con la Europa de los ciudadanos y unos derechos que no se qué. A los normales se les llena la boca con la libre circulación de capitales, la carta de derechos, etc. pero se les vacía un poco cuando esta circulación es de trabajadores o de miseria. Propongo hoy que se incluya dentro de un nuevo tratado de la Unión Europea, la libre circulación de la pobreza y que se apruebe una directiva comunitaria que regule los flujos que se producirán a partir de ahora.

Esta boca que se llena con el capital y se vacía con los trabajadores, se les cierra completamente cuando el flujo es por patera. Porque al sudaca que viene en avión, aunque no es normal, al menos no es un pordiosero que tiene la piel oscura y que llega muerto de hambre; lo que no evita que se les explote igualmente. Turcos, magrebíes, indios de segunda y tercera generación, ciudadanos europeos con pasaporte, viven en esta Europa nuestra, cuna de la civilización, pero es evidente que no son europeos de verdad.

Y cuando descendemos a la Europa de las regiones, los normales se quedan en normalistas. Porque aquí, en esta bendita mi tierra guanche, como cantara aquella gran filósofa que fue Mary Sánchez con su grupo Los Bandama, los normales se crecen pero a la vista de todos no hacen sino encoger. Da igual que estemos un día sí y otro también en los medios compitiendo a ver quien seca antes a la vaca, o bien convirtiendo el ayuntamiento del pueblo en el patio de mi casa, o intercambiando arena de playa por números imaginarios en cuentas muy reales. Porque un cachorro y unas polainas se vuelven las señas de identidad de un pueblo, pero solo para que les apriete el cerebro y las piernas, falle la circulación y no se pueda pensar con claridad. Así, mientras se adormila con un arrorró mi niño chico cualquiera, los normales pueden seguir robando lo que les apetece.

Es un principio metafísico conocido que no se puede uno bañar y guardar la ropa, principio que no se cumple porque también es de todos conocidos que los normales que ostentan responsabilidades, seguramente tendrán un guardaespaldas que les guarde la ropa y si no, para algo están las fuerzas de orden público, que este calzoncillo no se toca que es del presi o del consejero, mientras ellos mojan (dejo el resto a la imaginación del concurrido público).

RELIGIÓN. El último elemento distintivo de los normales había caído en desuso hasta que un grupo de personas estrelló unos aviones en nombre del Dios de las tres letras contra dos edificios. Los normales activaron inmediatamente el suyo de cuatro letras, aunque el de los judíos tiene cinco, pero como solo escriben las consonantes, se puede considerar que solo tienes tres. Ni cortos ni perezosos los normales reactivaron los marcadores religiosos y así lo tres paranormales: el tejanobotero no amasador, el flemático católico neo converso y el enano que habla español con acento americano, se reunieron en las islas del centro del Atlántico y firmaron la vergüenza de los normales al engañar a todos y al utilizar el nombre de Dios en vano. Allá ellos con sus conciencias, pero el hecho es que, desde entonces, la religión ha vuelto a la palestra ¿alguna vez se fue? y así el minarete de la mezquita de Colonia no puede ser más alto que el campanario de la catedral o ¡cómo vamos a dar suelo para que construyan sus templos! Que mientras no molesten, vale, pero eso de llevar un pañuelo en la cabeza, como que no.

LAS BASES DEL SISTEMA NORMAL

Hasta aquí la descripción etnográfica de los normales. Por supuesto, como toda sociedad humana, las variaciones personales pueden ser significativas, pero no suficientes como para poner en cuestión el modelo.

La normalidad, es evidente para cualquiera que haya estudiado algo de historia, es una realidad cambiante; pero los normales occidentales han creado un sistema para perpetuarse en un *Reich* de mil años: la naturalización, que no es convertir a alguien en ciudadano de un país (curiosa acepción del término) sino en convertir lo normal en natural. Mecanismo sencillo donde los haya, convierte de golpe y porrazo, a los no normales, es decir, a los a-normales, en enfermos, precisamente por no ir acorde con la ley natural; y todos sabemos que a los enfermos se les pueden privar de ciertos derechos por su bien, por su salud.

Así, por el bienestar de todos, los maricas no pueden donar sangre, porque son sidosos potenciales; a los negros hay que recibirlos con máscaras y guantes, y no sólo a los de las pateras; de los que tienen pinta de árabes hay que desconfiar, especialmente si montas en avión, y a los pobres ni acercarte que son vagos y maleantes, que no se han sabido o no han podido adaptarse a este sistema que ofrece igualdad de posibilidades para todos. En un caso o en otro son tontos e incapaces, justo aquello que, con los menores, no pueden utilizar las máquinas traga perras que muestran con orgullo, vergüenza creo yo, muchos de los bares de nuestro entorno. Me refero a eso de “prohibido el uso a menores e incapaces”.

Estos carteles siempre me han llamado la atención, y el motivo no es otro que considero que son la manifestación, la punta del iceberg de los normales, que suelen ocultarse bajo los genes y la naturaleza, pero que a veces muestran una pequeña parte de lo que está sumergido. En esta frase están contenidos todos lo que no entran dentro de los límites impuestos: maricas, bolleras, travestidos, transexuales, negros, chinos, sidosos, pánfilos, negretas, enfermos mentales, bujarras, incapaces, mutilados, deformes, enfermos terminales, lesbianas, ladrones, putas, mancos, cojos, ciegos, presos, pederastas, proxenetes, esquizofrénicos, prostitutas, chulos de mala vida, violadores, mendigos, estafadores, bisexuales, mariquitas, putañeros, paranoicos, teleadictos, drogatas, maricones.... mujeres. Algunos lo serán por tiempo limitado: los menos, salvo que seas maricas, pobre, extranjero, afeminado, no cristiano o mujer.

Porque las máquinas tragaperras son el fenómeno de la teoría de la normalidad. No puede resistirme a imaginarla en el rincón de uno de esos bares de barrio, tan luminosa ella, tan ruidosa y llamativa,... con ese penetrante olor a café del ambiente y los clientes con sus ropas de ese estampado tan chic de pintura y escayola, o sopladura para los más sofisticados. Imaginemos entonces que un varón echa una moneda y saca un premio de trescientos euros y, mientras la máquina empieza a escupir euros, comienza a saltar y dar palmadas mientras pega grititos provenientes más bien

de una falda plisada que de uno buenos calzones. Los normales ejercerán el primer grado de violencia, la visual, seguida por el segundo grado, la verbal. Si el marica no se anda con ojo se puede llegar al siguiente grado: la física.

Pero sustituyamos al marica por un negro o un asiático, o sencillamente por una mujer; el problema no es ese porque alguien, con buen criterio filosófico puede argumentar: pues no vayas a ese bar y no juegues a las tragaperras. Pero es que la lógica de la tragaperras es un virus contagioso que está en todas partes de esta sociedad heterocentrada, burguesa, falocéntrica, racista, xenófoba e integrista. Lo mismo ocurre en la guagua, en el trabajo, en el cine o en un café.

HACIA UNA TEORÍA DE LA A-NORMALIDAD

Plantear una alternativa a esta situación significaría una traición a la propia teoría *queer*: imponer unos límites, establecer lo que es normal, definir y, con el acto de definir, dejar a alguien fuera. ¿Se puede o crear una teoría de la a-normalidad? Desde que se define algo como válido, frente a algo inaceptable, ¿no se está volviendo a establecer una normalidad frente a lo que no lo es? ¿se puede cambiar intentar curar la homosexualidad por intentar curar la heterosexualidad? No soy un experto en ingeniería social, ni pretendo llegar a serlo, pero tampoco quiero sustituir una dictadura por otra. Tal vez la clave estaría en aprender a vivir sin definiciones, o al menos, hacerlas tan maleables que todos tuvieran cabida.

Como primer acto, algo que considero en la base de la política *queer*, aunque muchos no estarían de acuerdo conmigo: me callo y les dejo pensar. Se me antoja que, en un sistema democrático donde la política se ha convertido en el arte de ganar las elecciones, establecer un pensamiento libre, autónomo, sincero con uno mismo puede devolvernos algo de normalidad anormal. Por tanto, me convierto en un homosexual terciario, aceptando que hasta los heteros, tienen derecho a ser diferentes, a ser a-normales.

NOTAS

¹ Córdoba David; Saez, Javier; Vidarte, Paco (2005) *Teoría queer. Políticas Bollerías, Maricas, Trans, Mestizas*. Editorial Egales. Barcelona.

² Cohen, Richard (2004) *Comprender y sanar la homosexualidad*. Ed. LibrosLibres, Madrid.

³ Preciados, Beatriz (2008) *Tésto Yonqui*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid.